

# CÓMO HACER DE LA ANTRPOLOGÍA UNA HERRAMIENTA DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL. ENTREVISTA CON RODRIGO SEPÚLVEDA PRADO<sup>1</sup>

GIMENA PALERMO\*

\* Licenciada en Antropología (UNLP).

Correo electrónico: [gimenapalermo@hotmail.com](mailto:gimenapalermo@hotmail.com)

Cuando empezamos a pensar en este número especial de la revista y en lo interesante que sería incluir las trayectorias de vida-antropológicas de personas destacadas en la disciplina en la Argentina y en el resto de Latinoamérica, consideré que sería un aporte muy significativo el de Rodrigo Sepúlveda Prado. Por suerte, este destacado antropólogo chileno, que además de contar con un amplio recorrido académico, ha representado a una de las asociaciones gremiales más comprometidas con el contexto social del que forma parte, el *Colegio de Antropólogos y Antropólogas de Chile*, dijo que sí.

En ese momento no imaginé que los tiempos en los que se terminaría de armar este artículo, serían los tiempos de la gran crisis y movilización social del país vecino, en donde, por supuesto, la mirada antropológica y las instituciones académicas se verían involucradas en la coyuntura. Por todo esto, nuestro agradecimiento a la colaboración y disposición de Rodrigo Sepúlveda quien, en esos días, se encontraba asumiendo tareas organizativas para apoyar al movimiento social y ciudadano chileno desde la *Asociación de Académicos Filial Medicina de la Universidad de Chile*.

A continuación, presentamos algunas aristas de su formación y desempeño como antropólogo, contribuyendo enormemente a esto que nos propusimos desde Kula: reflexionar sobre qué es ser antropólox hoy.

## **Bio de Rodrigo Sepúlveda Prado**

Licenciado en antropología de la Universidad de Chile, Magíster en Psicología Clínica mención Psicoanálisis UDP y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Actualmente es Profesor Asociado del Departamento de Terapia Ocupacional y Ciencia de la Ocupación en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Desde el año 1995, participa en el *Colegio de Antropólogos y Antropólogas*

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada el 29 de octubre de 2019.

de Chile. Su trayectoria en la asociación gremial que nuclea a colegas de todo el país<sup>2</sup> incluye la vicepresidencia entre 1998 y 2001, la dirección en el período 2001-2004, su desempeño como secretario entre el 2004 y el 2007, y luego de 2014 a 2017 desarrolló su última presidencia. *“Nuestra lista se plantea como objetivo establecer el diálogo entre los pueblos originarios, la sociedad civil y el Estado. Además de hacer de la antropología algo que ayude a mejorar nuestro país y canalizar nuestro trabajo en forma colectiva. Hay aproximadamente mil antropólogos que están trabajando con bastante anonimato, desde las políticas públicas o desde los movimientos sociales” expresaba Sepúlveda.*

### **Sobre el Colegio de Antropólogos y Antropólogas de Chile**

Desde sus inicios, el Colegio<sup>3</sup> tomó un papel activo en la defensa de los Derechos Humanos y la recuperación democrática, creando comisiones colegiadas que prestaron servicios de apoyo a las víctimas de la represión política y a organizaciones de pueblos originarios que estaban siendo afectados por las políticas de la dictadura. Así mismo, tempranamente la asociación jugó un papel fundamental en el resguardo de los espacios de intercambio pluralista a nivel científico y profesional entre lxs antropólogxs con la organización de los Congresos Nacionales de Antropología, que se realizan en forma coordinada con las instituciones universitarias que imparten la carrera<sup>4</sup>.

### **¿Cómo y por qué comenzó a dedicarse a la antropología?**

Esta pregunta alude al propio deseo, lo que no siempre es tan fácil de reconocer. Uno busca pistas en su propia historia. Yo tuve la condición, la suerte quizás, de que desde muy pequeño me tocó estar en distintos mundos, el magallánico, la zona austral de Chile, donde tuve ya una experiencia de contexto cultural distinto al resto del país. En Chile la separación entre el norte y el sur es enorme. Me refiero al extremo sur, la Patagonia, y tenemos en el fondo una cultura muy cercana a la cultura argentina del Sur, con muchos migrantes de la isla de Chiloé y de distintos países europeos que llegaron como obreros a trabajar en las estancias. Eso marcó una sociedad distinta a la sociedad latifundista del centro del país. Pero, por otro lado, tenía familia en otras regiones. Entonces siempre estaba deambulando por distintos territorios y distintas formas de ser y de hacer. Eso hizo que desde pequeño tuviera esa experiencia de estar en distintos mundos. También en distintos mundos de clase, porque mi familia, si bien era una familia clase media, se podría decir, por el trabajo de mis parientes me tocó estar siempre muy cercano al mundo rural de trabajadores de estancia. Pero yo creo que fue en el transcurso de la vida que siempre me sentí como alguien que estaba siendo un testigo de cosas de mundos que no dialogaban entre sí y que manifestaban profundas desigualdades. Y después me tocó vivir en una dictadura, y en ese contexto, en la adolescencia, pensaba que tenía que asumir un rol. Y pensé en un primer momento estudiar derecho porque creí que esa carrera me permitiría tener herramientas para poder apoyar un proceso democrático. Sin embargo, estudiar derecho en dictadura era como

<sup>2</sup> Actualmente de aproximadamente mil quinientos antropólogxs tituladxs, alrededor de un tercio está colegiado. En Chile, desde la dictadura de Pinochet, la afiliación a los colegios profesionales es voluntaria y los gremios perdieron la potestad legal de ejercer la tuición ética profesional.

<sup>3</sup> Página web: <http://www.colegioantropologos.cl/> Comunicaciones: <http://antropologosdechile.blogspot.com.ar/>.

<sup>4</sup> Actualmente el Colegio se encuentra presidido por el académico y dirigente mapuche Rosamel Millamán.

un contrasentido y, por otro lado, no era lo mío. Entonces durante un año decidí hacer otras cosas.

Empecé a trabajar, tenía una gran inquietud de conocer al mundo de los obreros mineros. Trabajé durante varios meses en una mina, acá en la zona cercana a Santiago, en un lugar muy especial, el pueblo de Alhué, que tenía la característica de ser un lugar muy profundo de la cultura campesina de la zona central y al mismo tiempo tener una experiencia minera que viene de tiempos precolombinos. En ese momento, me tocó darme cuenta de que espontáneamente empezaba a hacer una especie de etnografía y conversar con amigos, con gente de la ciudad, sobre lo que era la vida de estos trabajadores agrícolas mineros. Y bueno, ahí empecé a pensar qué hacer y decidí que necesitaba formarme y tener más herramientas también para poder trabajar en esos contextos. Y curiosamente me fui a estudiar antropología con una visión un poco idealizada también de lo que iba a aprender, pensaba que iba a tener como una formación muy integral y amplia. Sin embargo, estábamos en un contexto de dictadura, donde la formación universitaria, sobre todo las Ciencias Sociales, en Chile, era muy precaria. Estábamos en universidades que habían sido violentamente intervenidas donde hubo muchos profesores y estudiantes exonerados, así como víctimas del terrorismo de Estado. Nuestras disciplinas fueron marginalizadas, política y académicamente.

### ***¿Qué puede decirnos de su trayectoria como antropólogo?***

Me vine a estudiar a la capital, a Santiago, a la Universidad de Chile, donde actualmente trabajo también. Y estando en la universidad me fui interesando, en ese momento estaba terminando la dictadura, por la organización popular donde los jóvenes pobladores -pobladores decimos en Chile, no es lo mismo, pero un poco similar a lo que en Argentina se llama a la población de las villas miserias - fueron un actor sumamente relevante en la lucha contra la dictadura. Sin embargo, ya estaba siendo construido un discurso de estos jóvenes como jóvenes dañados, jóvenes vulnerados, y ya no como antes, que eran jóvenes protagonistas. Me interesó sobre todo la situación de estos jóvenes, ahora criminalizados. Supe de la existencia de un programa que trataba de abordar el tema que funcionaba en la zona norte de Santiago, en las zonas pobres, y donde se habían articulado psicólogos y antropólogos, que tenía relación con adolescentes que habían pasado por tribunales de justicia. Y se trabajaba con ellos desde un enfoque comunitario en el medio libre, tratando de evitar o buscar una alternativa a las cárceles. Y resulta que había estado ahí, en la conformación de ese grupo, de ese equipo, un profesor de etnografía de la facultad y un destacado académico chileno, Juan Carlos Skewes. Me acerqué a este programa, primero haciendo una práctica, y ahí empecé a conocer más ese mundo precarizado, el espacio más crítico de la vulneración de derechos, podríamos decir, donde se enfrenta la represión directa del Estado con niños, niñas y adolescentes de las zonas pobres urbanas. Viví una experiencia ahí de siete años de trabajo. Paralelamente, trabajaba en una ONG que había surgido

también en dictadura, dedicada a la investigación en educación que tenía un equipo pionero en la investigación etnográfica en educación. Ahí participé en varios estudios etnográficos con adolescentes que estaban en los liceos de las comunas pobres de la ciudad y, por otro lado, un trabajo de acompañamiento, de apoyo a adolescentes, niños, criminalizados, a nivel comunitario.

Esa trayectoria me formó bastante, en ese período se naturalizó tanto la institucionalidad heredada del gobierno de Pinochet, como la Constitución, pero, sobre todo, vimos la profundización del modelo económico y político que hasta el día de hoy nos rige y que por fin hoy está siendo ya cuestionado por la protesta social y ciudadana chilena. Por mi trabajo comunitario, tuve una experiencia muy distinta a lo que entonces era el sentido común hegemónico. Lo que veía cotidianamente reafirmaba un pensamiento que comprende la existencia de la lucha de clases, evidenciada en el malestar subjetivo y la violencia estructural de la desigualdad y la instalación de un Estado Penal, como plantea Wacquant. En esos tiempos, junto a otros y otras colegas fuimos construyendo colectivamente una mirada crítica del modelo neoliberal desde la disciplina. Con el apoyo del querido maestro Edgardo Garbulsky<sup>5</sup> constituimos el “Grupo de Antropología Crítica”. Conocer a Edgardo fue para nosotros un encuentro fundamental que nos permitió ver la continuidad del compromiso intelectual orientado a la praxis en la antropología latinoamericana. Edgardo me transmitió el interés en articular la organización colectiva de la comunidad antropológica desde una perspectiva latinoamericanista que me llevó a participar en forma activa en el Colegio de Antropólogos y Antropólogas de Chile y la Asociación Latinoamericana de Antropología.

Volviendo a mi trayectoria laboral, mi quehacer se distanciaba de la figura del antropólogo que había aprendido en la academia, tanto porque trabajaba con distintos profesionales en equipos transdisciplinarios, como por dedicarme a lo que algunos podrían llamar antropología aplicada y que para mí es antropología de la praxis. Me acuerdo de que, en algunos momentos, incluso había colegas que me decían: “¿pero eso qué tiene que ver con la antropología?” Yo sentía que sí tenía mucho que ver con la antropología, veía el aporte que hacíamos los antropólogos en este tipo de programas. Con el tiempo empecé a darme cuenta de que la mayoría de los colegas desempeñaban trabajos que no son necesariamente el ideal que nos habían dado en la universidad de un etnógrafo que, simplemente, o dentro de ciertas características del dispositivo científico, ocupa un rol más bien de observador pasivo la realidad.

Recuerdo que cuando fue el segundo Congreso Chileno de Antropología, después de la dictadura, a principio de los ‘90, hice una presentación precisamente de esta situación que empezó a producirse, de que trabajando en estos espacios, la identidad o el rol que uno creía que era el rol del antropólogo se iba desdibujando y cómo uno volvía después a retomarlo y a transformarlo y a poder configurar una posición que es la de un antropólogo distinto, un antropólogo crítico, un antropólogo que tiene una vocación por la transformación social<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Hay una referencia a esa continuidad de la perspectiva crítica en la antropología del Cono Sur en un capítulo de la Antología de Álvaro García Linera redactado por Rodrigo Sepúlveda. Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/151940/9-La-transmision-de-la-Antropologia-Critica.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

<sup>6</sup> Disponibles en: <https://www.academica.org/rodrigo.sepulveda/2.pdf>

Por mi trabajo, me fui interesando por el desarrollo teórico orientado a la praxis vinculada al desarrollo político y organizacional en función de los derechos humanos en general, pero sobre todo en el área de los derechos del niño, la niña y los adolescentes. Y ahí empecé a coordinarme con otros compañeros de distintas organizaciones y formamos una red local de organizaciones que luchábamos por los derechos de la infancia y la adolescencia. Fue un grupo muy activo en una zona pobre, en la comuna de Renca en Santiago; hicimos varias experiencias pioneras que hoy día han sido institucionalizadas como programas de inclusión escolar. Después, desde esta misma organización llegamos a la Organización Nacional de Derechos del Niño desde la sociedad civil, la Red de Infancia y Juventud de Chile, la ROIJ, donde fui secretario ejecutivo durante un tiempo y por mi trabajo comunitario empecé a vincularme también con el área de salud.

En otro plano, en ese período colaboré también en un colectivo que analizaba el militarismo en Chile, en el Instituto Alejandro Lipschutz, donde pude ayudar a generar conocimientos que permitían develar otra faceta del modelo político social de la posdictadura, reflejado en los pactos y continuidades de los aparatos represivos del Estado. Posteriormente trabajé como investigador en temas de criminalización de la infancia en el Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile y paralelamente desarrollé mi carrera académica en la Facultad de Medicina, al principio con unas pocas horas como docente y en la actualidad casi en jornada completa. En ese espacio, empecé a trabajar en distintos otros temas, vinculados a los derechos del niño y de los jóvenes, en áreas de salud mental y discapacidad. Actualmente estoy trabajando con organizaciones de personas con discapacidad, a quienes considero un sujeto social y político muy importante y transformador de la sociedad, en una otredad muy amplia, la otredad de la discapacidad.

### ***¿Qué expectativas y que “realidades” tuvo/tiene respecto a su desempeño como antropólogo?***

La trayectoria de uno tiene que ver también con preguntas, con situaciones de frustración, de buscar respuestas o perspectivas emancipatorias en los procesos históricos que a uno le toca vivir. Estábamos en una situación de mucha frustración en los años '90, donde casi en Chile no había mucho pensamiento crítico. Me fui vinculando, yo diría a perspectivas más marxistas, y también al descubrimiento del psicoanálisis que tenía un vínculo poco desarrollado en Chile con la antropología en ese entonces. Hice una formación clínica mientras trabajaba en el ámbito comunitario vinculado, también, a equipos orientados a la acción terapéutica; pero, principalmente, el psicoanálisis me permitió entender políticamente cómo se constituye un sujeto juvenil en los contextos neoliberales, los imaginarios sociales asociados a la criminalización. En relación con los contextos educacionales, esa perspectiva me ayudó a responder preguntas que me hacía mientras trabajaba en etnografía educacional, y veía la situación de subordinación, de autoritarismo del sistema escolar y la dificultad que veía con los chicos criminalizados, la veía también en la forma en que se estaba

generando un sistema escolar segregado en Chile donde los y las jóvenes solamente, o principalmente, eran educados para subordinarse a una situación de exclusión social en la que se vivía.

En el contexto de investigación, mis expectativas son principalmente poder hacer de la antropología una herramienta de transformación social, diría yo. Poder ser útil. Creo que eso era, poder ser útil en la articulación de procesos emancipatorios. Comprender la realidad desde la praxis, para poder transformarla. Para mí el desarrollo académico fue simplemente una consecuencia de ir generando respuestas a esas preguntas y articulándome con distintos actores. Y bueno, yo creo que en algún momento se configura como una expectativa de ser un intelectual crítico, aprovechando todas las herramientas que uno ha ido alcanzando en su trabajo. La realidad que uno encuentra en un contexto neoliberal como el chileno es que las instancias de encuentro, de reflexión y acción antropológica crítica son limitadas<sup>7</sup>.

Por otro lado, quienes tienen una vocación de dedicarse a la investigación tradicional enfrentan un dispositivo científico que viene del norte y de las ciencias básicas, pero que están instalados en el Estado y que los obligan a transformarse en “paperistas”, podríamos decir. Lamentablemente, se dan también esos casos que algunos antropólogos críticos denominan “antropólogos extractivistas” que van a las comunidades a tratar de sacar información, aunque sus temas puedan ser muy radicales incluso en cuanto a sus propuestas, en su praxis solo se traduce a la producción de escritos que, además, no tienen una vocación pública y terminan encapsulados. Pues no trascienden de más allá del paper publicado en revistas que se leen solo entre especialistas. Existen por supuesto casos distintos, de colegas que mantienen un vínculo comprometido con las comunidades en que trabajan, manteniendo su trabajo académico. Pero tanto en Chile como en otros países de Latinoamérica, me encuentro con una gran cantidad de colegas que dicen: “yo soy antropólogo, pero hago otra cosa” o “yo estudié antropología, pero hago otra cosa”. Y eso otro que hacen los antropólogos, esa otra cosa, a mí me resulta fascinante.

En mi opinión, esa gran mayoría de antropólogos que siente que no hacen antropología, realmente están siendo antropólogos; pues tienen una posición antropológica, haciendo aportes significativos y es fundamental el poder visibilizar ese trabajo. Lamentablemente eso muchas veces no tiene un correlato en el discurso académico o en los espacios incluso de la escritura antropológica latinoamericana. Considero que tenemos el desafío de generar comunidad antropológica y poder integrar esas distintas miradas y sobre todo esa gran mayoría de antropólogos y antropólogas que están haciendo trabajos que no son visibilizados y que son grandes aportes a nuestras sociedades.

### ***¿Cuál es el panorama de la antropología en Chile?***

Es difícil, porque es muy diversa. Además, no me siento tan calificado porque si bien he sido dirigente del Colegio de Antropólogos y Antropólogas de Chile, sé que hay muchos colegas que desarrollan una serie de iniciativas tanto académicas como comunitarias, prácticas, vinculadas a organismos

<sup>7</sup> En congreso RAM de 2015, se hizo una presentación sobre el contexto neoliberal de la antropología chilena que expone el punto. [https://www.academia.edu/22147250/El\\_desaf%C3%ADo\\_de\\_ser\\_Comunidad\\_Antropol%C3%B3gica\\_en\\_el\\_contexto\\_neoliberal](https://www.academia.edu/22147250/El_desaf%C3%ADo_de_ser_Comunidad_Antropol%C3%B3gica_en_el_contexto_neoliberal)

públicos, a organizaciones sociales, a colectivos, que quizás escapan a mi visión. Nuestro Colegio ha tenido esa capacidad de generar Congresos Nacionales de Antropología con un sello muy abierto, donde no solamente iban académicos o personas vinculadas a la producción científica, sino que iban antropólogos y antropólogas profesionales y presentaban también sus trabajos y en igualdad de condiciones.

En mi opinión - que siempre tiene un sesgo - la antropología chilena ha tenido cambios muy importantes. Surgió, como en todas partes, quizás del trabajo de algunos colegas que se autoformaron y que fueron algunos fundadores de las primeras carreras de antropología. En especial, en el caso de la Universidad de Chile, fue una de las figuras el profesor Carlos Munizaga. Pero en Chile hay una reflexión antropológica que viene de mucho antes. La antropología fue muy marcada por el proceso histórico que comienza en los años '60 donde se abre la academia en las Ciencias Sociales en un contexto en que se pensaba que nuestras disciplinas eran una herramienta fundamental para la transformación social. Es muy evidente, sobre todo, en el caso de la sociología chilena. Y en el caso de la antropología chilena, se abre la primera carrera de antropología en la Universidad de Concepción. Una carrera que de alguna manera tuvo características muy particulares, que partió de una relación con la academia francesa que se fue reconfigurando gracias al aporte de varios colegas que llegaron de Argentina, como el maestro Edgardo Garbulsky y que fueron a trabajar a Concepción y le dieron un sello latinoamericano a nuestra antropología, un sello crítico.

En el caso de la Universidad de Chile, la carrera surge en los '70. Lo mismo pasa en la Universidad Católica de Temuco y también en el norte. En los antecedentes de la antropología crítica es muy importante una figura, el Dr. Alejandro Lipschutz, quien era una persona excepcional desde el punto de vista intelectual y con un gran compromiso social y político. Yo diría que además fue uno de los hombres más visionarios de la antropología latinoamericana y un referente para comprender el movimiento indianista. Sin embargo, la antropología crítica, marxista, fue absolutamente censurada en las universidades después del golpe militar. La dictadura se instala en las universidades; cerró la carrera en Concepción, también en Temuco. Esto tuvo un gran impacto en la producción antropológica y en la formación de antropólogos en Chile que fue bastante limitada durante los años de la dictadura. Y posteriormente, en el período de posdictadura, se da la expansión universitaria neoliberal donde crece la matrícula universitaria basada en crédito y el endeudamiento de los y las estudiantes.

A nivel teórico, sigue siendo menos la producción que tiene que ver con pensamiento más crítico, sin embargo, hay un fuerte desarrollo de una antropología feminista que nos ha aportado una mirada que permite reconocer las implicancias del patriarcado no sólo en la sociedad si no también en nosotros mismos y darnos cuenta de muchas situaciones que antes naturalizábamos a nivel personal y disciplinar. También, hay un número creciente de colegas que están ligados a los movimientos sociales; pero, la mayor parte de la antropología chilena no tiene ese perfil. Sin embargo, cuando uno ve las actas de los congresos de antropología, puede

ir viendo cómo van surgiendo nuevos temas emergentes y la diversidad de áreas de trabajo. Una antropología que yo creo que está en un proceso de ir recuperando, de ir consolidando perspectivas propias, con cada vez más colegas nuevos. Si hiciéramos una pirámide poblacional de los colegas en Chile, hay un boom en las últimas décadas. Y eso también le da un perfil muy interesante a la antropología chilena, muy promisorio.